

La Caricatura



MADRID 16 DE JULIO DE 1893.

NÚM. 52.

20 céntimos.

ADMINISTRACIÓN
SAN MATEO, 12 Y 14
MADRID



SE ADMITEN ANUNCIOS



LA CARICATURA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Se publica los domingos

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

Madrid, provincias y Portugal:
Semestre, 5 pesetas. — Año, 10,

Ultramár y extranjero:
Año, 15 francos.

En Madrid, provincias y Portugal no se admiten subscripciones por menos de un semestre, y en Ultramar y extranjero por menos de un año.—Por más, sí; todo lo que ustedes quieran.

Las subscripciones empiezan el primero de cada mes.

El pago es adelantado.

VENTA

Número suelto, **20 céntimos**; Id. atrasado, **40 céntimos**; Corresponsales y vendedores, **15 céntimos** número.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR: Precios convencionales.

ADMINISTRACIÓN, CALLE DE SAN MATEO, NÚMS. 12 Y 14.—MADRID

LA MARGARITA EN LOECHES

ANTIBILIOSA, ANTIHERPÉTICA,
ANTIESCROFULOSA, ANTIPARASITARIA,
ANTISIFILÍTICA Y EN ALTO
GRADO RECONSTITUYENTE

Según la PERLA DE SAN CARLOS,
Dr. D. Rafael Martínez Molina, con este
agua se tiene la salud á domicilio.

En el último año se han vendido más
de **DOS MILLONES** de purgas.

Depósito Central: Madrid, Jardines, 15.
Se venden también en todas las farmacias
y droguerías. GRAN ESTABLECIMIENTO
DE BAÑOS abierto del 15 de Junio
al 15 de Septiembre.

SE ALQUILA HOTEL

FERRAZ, 64.

INFORMARAN

ROSALES, 8.

ACADEMIA

DE

MATEMÁTICAS

Preparación para
carreras especiales; di-
rigida por ingenieros
civiles y conocidos
profesores.

Carretas, 27. 3.º, lizq.

LA GRAN VÍA

El número 2 de esta *Revista* contiene: un *autógrafo* de D. Eugenio Sellés; un retrato al lápiz del afamado pi tor D. Joaquín Sorolla, y otro directo de fotografía de D. Alberto Aguilera; artículos y poesías de los Sres. Sepúlveda (don Enrique), Pérez Zúñiga, Delgado (D. Sinesio), Soriano, Pérez (D. Felipe), Tello Téllez, etcétera, y dibujos de los excelentes artistas señores Jiménez Aranda, Perea (D. Alfredo), Martín (D. Tomás), Carcedo, Cilla, Rojas, Escudé y otros; *actualidades, pasatiempos*, y para los aficionados á curiosidades, un *velocípedo que anda solo*. Auguramos á este número éxito tan grande y merecido como el alcanzado por el número 1, que ha sido verdaderamente extraordinario.

LECCIONES

DE

inglés, italiano y francés.

CURSO

DE CONTABILIDAD COMERCIAL

PRECIOS CONVENCIONALES Y ECONÓMICOS.

CHINCHILLA, 5, 2.º

CAMAS, COLCHONES Y MUEBLES

GRAN BAZAR INGLES

(EL PRIMERO EN MADRID)

Nadie presenta el surtido que este grandioso establecimiento.—Especialidad en camas legítimas inglesas y del país, camas de palosanto, caoba y nogal.—Comedores recibimientos, alcobas completas, lo mejor y más barato.—Gabinets á 100 pesetas.—Visitar estos almacenes, que compiten con todos los de su clase en precios económicos.

1, INFANTAS, 1

(Próximo á la de Fuencarral.)

SERVICIOS

DE LA

COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz.--El día 10, de Cádiz, el vapor *Cataluña* para Puerto Rico, Habana y Veracruz.

El 20, de Santander, el vapor *Alfonso XIII*, para Coruña, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

El día 30, de Cádiz, el vapor *Alfonso XII*.

Línea de Filipinas.--El 3 de Barcelona, el vapor *San Ignacio* y el 31 el vapor *Isla de Panay* para Port-Said, Aden, Colombo, Singapur y Manila.

Línea de Buenos Aires.--El día 2 de Barcelona el vapor *Ciudad de Cádiz* para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires.

Línea de Fernando Póo.--De Cádiz el 30 el vapor *Larache* para las Palmas, Rio de Oro, Dakar, Mourovia y Fernando Póo.

Servicios de Africa.--Línea de Marruecos.--El 18 de Barcelona el vapor *Rabat* para Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca, Mazagón y Mogador.

Igualmente se expiden billetes para los viajeros de venida.



A. FONS

SOBRE GUSTOS...

—No me negará usted que el Sardinero es hermoso. A mí me gusta a perder.
 —A mí, María, la sardinera me gusta más, sobre todo cuando viene con la falda recogida. ¡Oh, las sardineras!



LOS BARRENDEROS EN HUELGA—EL CALOR—LA BELLA CHIQUITA

Pues, señor, ha llegado la hora de suprimir las escobas. Las economías están en alza, y los motines á la orden del día. Enterados los barrenderos de que el Ayuntamiento trataba de suprimir algunas plazas entre los individuos del honrado—aunque no

brillante cuerpo de barrosos,—escoba al hombro y aguardiente al cuerpo, se dirigieron á la plaza de la Villa, y, declarados en huelga, huelga decir cómo estarán las calles estos días.

La primera víctima de esta huelga fué el Sr. Angulo, que en el ángulo que forma la calle de Cedacecos con la de Alcalá, tropezó en la cáscara de un pepino y exclamando: —¡Gamazo... con los barrenderos! —dió en el suelo con su cuerpo y con su bastón de mando, que se quedó para mandarlo á la alcantarilla. Y es lo que el hombre decía: —¡Qué se puede esperar de un país donde el principio de autoridad—¡caramba con el principio!—rueda por el suelo?

Ello es que el público jamás sale ganancioso con estos altercados, y que la cuestión de los barrenderos ha venido á trastornar la dicha de algunos hogares. Sin ir más lejos—ni más cerca—ayer en mi casa hubo una reyerta que tuvo por origen la determinación de los barrosos. Un vecino mío, coronel de infantería y picado de viruela para mejor distinguirlo, salió como de costumbre á abrir la puerta á su mujer, y

al ir á darle el ósculo retumbante y sonoro, que, como diría Cano,

«Arranca sangre á la piel é inunda el alma de amor,»

se encontró con que su cara mitad venía malhumorada, y lo primero que le dijo fué:—¡Cómo está Madrid! ¡Vengo perdida! Y allí fué Troya: el coronel, como si hubiera llegado el momento de entrar en campaña, reprodujo en parte la que han sostenido los barrenderos con los guardias de seguridad y con el robusto Aguilera.

Pero, en fin, basta de basura.

¡Y que el calor aprieta que es un gusto!... Oscilamos entre los 30° y los 40°... sin que esto dé señales de enmendarse, ó, mejor dicho, de enfriarse.

Si no fuera por las huelgas y los motines, sería cosa de compadecer á estos economistas que siguen con el propósito de no abandonar la coronada villa hasta dejarnos aprobados los presupuestos. Ellos se mantienen aquí á fuerza de sorbetes y limonadas...

¡Pero, cómo echarán de menos las frescas playas del Norte, el Sardinero y la Concha!

¡Qué ganas tendrán de cambiar la cartera por la maleta algunos ministros!...

Pero, en fin, ellos se irán al cabo, y Agosto será con nosotros los que nos quedamos aquí sin más recurso ni frescos que el lento Manzanares.

¡Oh, el Manzanares!...

Si no fuera porque se queda seco á lo mejor, es decir, cuando aprieta más el sol...

Nada, que no da más que sofocones.

Físicos y morales...

La sangre se subleva, y el mal humor reina en las más altas esferas.

Ahí está el intransigente Gamazo, que con la última parte del apellido, dió en la cabeza de Montero Ríos, y de un golpe nos ha «desmonterado» el Ministerio.

¡Y si al menos quisiera Dios que lloviera!

La lluvia aplacaría los ánimos y refrescaría la atmósfera...

En fin, sea lo que Dios quiera, y esperemos el alivio con paciencia, que con ello se gana el cielo.

Lo que no se aprovecha aquí es el tiempo. Todavía está en suspenso el asunto de la «Bella chiquita». Todavía no sabemos si el triunfo corresponde á los Padres de familia ó á la danza del vientre; si vencerá la moral ó las caderas.

Diana estará asustada... pero es lo que ella dirá:

—¡En España no se puede una mover!

¡Qué encarnizamiento el de esos padres!

Nada les ablanda. Ni la hermosura ni la juventud.

¡Cá! Todo lo contrario.

Padre conozco yo que con estos sucesos detesta cordialmente á los soldados, sólo porque se levantan al toque de diana.

Lo cierto es que la hermosa bailarina se quedará tranquilamente en su país, se moverá con toda libertad, esperando con calma (¡ya lo creo!) á que llegue el «día del juicio.»

No nos parecen mal estos sucesos.

E. MICHÓ.

CUENTOS DE ANTAÑO

DOS FIERAS



I
 la caída del sol de una de esas hermosas tardes del mes de Octubre ve dan á los paisajes de las campiñas del Mediodía de la Francia un aspecto tan risueño y encantador, paseábanse de brazo dado por una de las frondosas alamedas que pueblan la orilla izquierda del Loire, entre St. Mathuren y Daguegnier, dos caballeros. Era el uno el marqués de Belgerac, hombre de aspecto magestuoso, cuya cabeza hermozeaba ya esa corona de la vejez que tanto favorece las fisonomías de rasgos regulares y expresivos. El venerable marqués, después de haber servido por espacio de muchos años con envidiable honor á su patria, como capitán de Dragones del Rey, vivía retirado en su castillo del Anjou, dedicado exclusivamente á las posibles tareas del campo. Su acompañante, joven que frisaba los veinticinco ó veintisiete años, no era otro que Jorge de Richelieu, descendiente de una de las más nobles familias del Boujolais, huésped por aquel entonces del excapitán de Dragones.

El marqués, sombrío y taciturno, parábase en redondo de cuando en cuando, y apoyado sobre un sólido bastón de ébano adornado con una cincelada empuñadura de oro, permanecía en actitud mediativa, hasta que la charla incesaute del joven Richelieu lograba arrancarle á su inoportuna y extemporánea meditación.

Instigado el joven compañero del marqués por la repetición de un fenómeno tan extraño, que á no haber conocido de antiguo al señor de Belgerac hubiera podido achacar á grosería, tomó la resolución de sondearle con objeto de averiguar, si posible era, los motivos que tan profundamente parecían preocupar el espíritu del anciano.

—Vednos, mi querido marqués: ¿habría indiscreción en saber qué es lo que al día siguiente de haber asistido á una boda deslumbradora en que tanto nos hemos divertido y tanto hemos disfrutado, le tiene á usted tan hondamente preocupado?

—Si conociérais querido amigo, lo que me ha acontecido anteayer noche, á buen seguro, que, lejos de extrañaros, la disposición de espíritu en que me hallo la compartiríais conmigo.

—Pero, anteayer noche pernoctásteis cual yo en el castillo de nuestro amigo el señor de Vildac donde se celebraban las bodas de su hermosa hija con el joven Sainville, á las que asistimos por invitación de vuestro caballeroso y magnífico vecino.

—Es cierto; y precisamente allí, en la habitación que me destinaron, es donde encontré motivos graves para entristecerme, y asuntos de meditaciones en realidad poco agradables.

Excitada más y más la curiosidad del joven, permaneció unos segundos en silencio, venció por fin esa pasioncilla que todos poco ó mucho, llevamos en lo más recóndi-

to del corazón, y mirando al marqués de hito en hito, le dijo:

—¿Podrías descargar en mi corazón, que os profesa tan entrañable cariño como respeto y veneración, parte de ese pícaro secreto que, con gran pesar mío, ennublece vuestro rostro?

—Ciertamente, querido amigo. Eso mismo había resuelto hacer, cuando tan oportunamente me habéis hecho el favor de preguntarme por el motivo de mi tristeza. Es un secreto espantoso el que voy á confiaros, y bien sabe Dios que no lo haría con otro con quien no tuviera la confianza y la certitud en la discreción que en vos he depositado. Escuchad, Richelieu, y de gracia os pido que no interrumpáis mi relación, por extraño é inverosímil que os parezca cuanto voy á revelaros.

Por espacio de algunos minutos, durante los cuales el marqués, que se había dejado caer sobre uno de los bancos de piedra que de trecho en trecho se hallaban colocados á los lados de la frondosa alameda, permaneció silencioso, en esa actitud tan característica del hombre que recoge sus ideas.

—Ya conocéis, querido amigo, al señor de Vildac: tiene una fisonomía siniestra, de la que he siempre desconfiado. Ayer en medio de la bulliciosa fiesta con que celebrábamos las bodas de su hija única, le observaba atentamente; lejos de participar de la general alegría y de compartir la felicidad de su yerno y de su hija, parecíame notar que la dicha ajena oprimía aquel corazón de padre.

Llegó la hora de retirarse; se me acompañó á uno de los aposentos que caen perpendicularmente por debajo de la grande torre. Apenas mis párpados fatigados empezaron á cerrarse, cuando de repente abrí los ojos, y, como impulsado por un resorte, me incorporé maquinalmente; me había despertado un ruido sordo que parecía bajar del techo. Agucé el oído, y me pareció oír distintamente un estruendo de cadenas rozándose por el suelo, que parecía aproximarse gradualmente. Involuntariamente llevé mi mano á la empuñadura de mi espada, que había colocado á la cabecera de mi cama; al mismo tiempo oí rechinar la puerta de mi cuarto, que de repente se abrió, y á la incierta luz de la mariposa colocada sobre la mesa, distinguí un bulto informe que, entrándose en el interior de mi cuarto á paso lento y reposado, arrastrando una cadena sujeta á ambos pies, fué á sentarse en un taburete frente á la chimenea, en la cual quedaban aún tizones mal apagados.

—¡Oh, cuánto tiempo hace que no me he calentado!...—exclamó el fantasma.

Os confieso, querido amigo, que una especie de espanto penetró en mi corazón. Apreteé el puño de mi espada y aparté un poco el cortinaje.

Entonces pude ver, merced al muribundo resplandor de la lumbre y de la lamparilla, un anciano de rostro desencajado, adelgazado como un esqueleto, cubierto el cuerpo con unos harapos y sin nada á la cabeza, con una larga barba enteramente blanca. El miserable anciano acercaba con avidez sus temblorosas manos á las ascuas medio incandescentes. Este espectáculo me conmovió en extremo. Mientras le consideraba entre

absorto y admirado, una de las astillas, no bien carbonizadas, produjo una llamarada instantánea: el anciano dirigió una mirada furtiva á la puerta por la cual había penetrado en la estancia, y de repente fijó sus ojos en el entarimado de madera, con una extraordinaria expresión de dolor. En seguida dejóse caer de rodillas, aplicó su frente sobre aquellas tablas, prorrumpió en sollozos amargos, y oí que con voz débil exclamaba ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Perdón! ¡Perdón! Hice yo un movimiento, é incorporándose mi inesperado huésped, exclamó: —¿Quién va ahí? ¿Hay alguien en esa cama?

—Sí—le contesté, apartando por completo el cortinaje.

—Por piedad, ¿quién sois?

—Un hidalgo, un hombre y un amigo para consolaros ó protegeros si lo necesitáis:—le contesté.

El viejo, cubriendo con sus manos escuálidas su lacerado rostro, prorrumpió en amargo llanto. Salté de la cama y me aproximé á él; su voz, sofocada por el llanto, no acertaba á articular palabra alguna; hízome seña con la mano, indicándome que me sentara en un banco colocado á dos pasos del que él ocupara momentos antes. Delante de aquel profundo y sentidísimo dolor, en presencia de un hombre de tan avanzada edad, cuyo cuerpo y cuya fisonomía fácilmente dejaban adivinar terribles y prolongados sufrimientos, quedéme silencioso, y sabe Dios cuánto tiempo hubiera yo permanecido bajo el imperio de la penosa sensación que experimentaba, si mi fantástica aparición, con su voz suplicante y con su gesto humilde, no me hubiera arrancado de mi quietud estética, y hecho entrar en el mundo de la realidad.

—Quien que seáis, caballero, tened piedad de mí. Tenéis en vuestra presencia, á no dudarlo, al hombre más desdichado del mundo;—me dijo.

—Os he dicho que soy hidalgo; os he asegurado que soy amigo de los desgraciados, y me tenéis á vuestra disposición, si necesitáis, cual no lo dudo, del amparo y protección de mi brazo.

—¡Oh! ¡Gracias! ¡Gracias! Comprendo que sois un cumplido caballero incapaz de tentar nada que pueda agravar mi tristísima situación, é incapaz de abusar del secreto que se os pueda confiar. Tal vez debiera callarme. ¡Pero soy tan desdichado! ¡Debe hacer tantos años que no he hablado con nadie, que no he oído el timbre de la voz de criatura humana alguna, que no puedo resistir al placer que produce en mí el poderme comunicar por medio de la palabra con uno de mis semejantes.

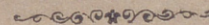
—¿Qué misterio es este caballero?—repuse yo.

—Pronto lo sabréis si tenéis la bondad de escuchar la terrible historia que, por un desahogo que en este momento considero un lenitivo á mis amargos dolores, voy á contaros.

Se calló, y yo, cada vez más asombrado, esperé que el hombre fantasma empezase su narración.

J. SORIANO.

(Se continuará.)

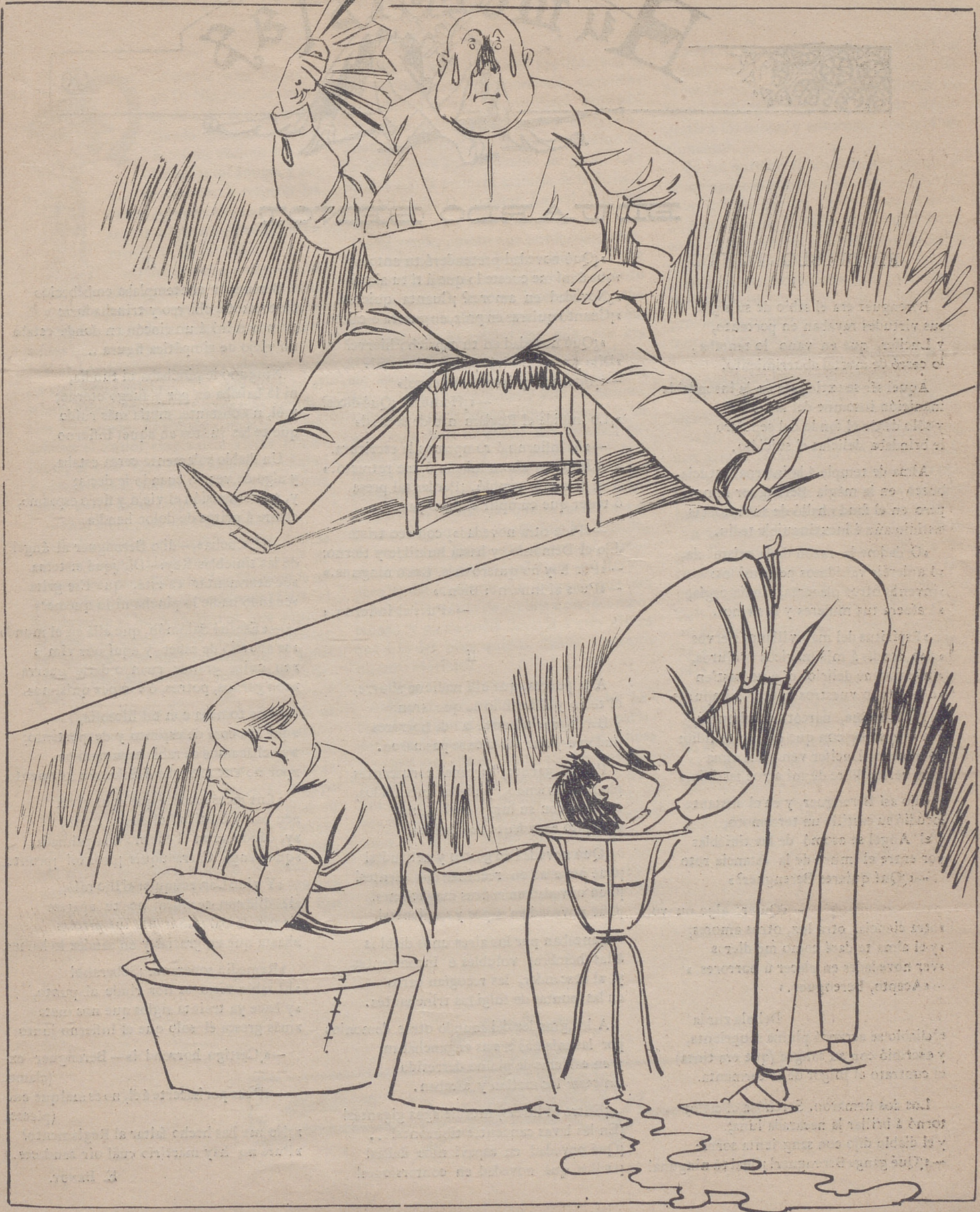




LA BELLA CHIQUITA

(Unicamente a titulo de curiosidad y para hacer rabiar un poco a los padres de familia, publicamos el retrato de la tan traída y llevada Chiquita.)

LA CARICATURA



CADA UNO VERANEA COMO PUEDE



EDUARDO BENOT

EL DIABLO TONTO

I

Berenguer era el sabio de su siglo:
sus virtudes rayaban en portentoso,
y Lucifer, que en vano lo tentaba,
lo cercó de mortal aburrimiento.

Aquel sér se extinguía en la insondable
inanición insomne del fastidio,
y sólo desde el fondo del sepulcro
le brindaba delicias el suicidio.

Alma de temple á la infernal astucia,
buscó en la mágia Berenguer remedio;
pero en el fondo halló de sus retortas
fastidio aún é inextinguible tedio.

«O dadme la razón de la existencia,
»ó arderéis vanidosos pergaminos:
»inventa otros placeres, sándia orgía,
»ó afuera tus mujeres y tus vinos.

»Espíritus del mal, villanos siervos
»que acudís á mis mágicos conjuros,
»inventadme delirios que no hastien
»ó huid con vuestros vértigos impuros.

»Escudadme, narcóticas virtudes,
»de este sopor con que espirante lidio:
»ó al negro Lucifer vendo mi alma
»por verme libre de mi atroz fastidio.»

Dijo así Berenguer, y en el instante
sacudió su castillo un terremoto,
y el Ángel se asomó de las tinieblas
por entre el muro de la estancia roto

—«¿Qué quieres Berenguer?»

—«Quiero algo nuevo:

»otra ciencia, otra luz, otros amores;
»y el alma te daré como me diereis
»ver novedades en placer ú horrores.»
—«Acepto, Berenguer.»

Del ala zurda
el diablo se arrancó pluma mugrienta,
y escribió con su sangre (que era tinta)
el contrato al fulgor de la tormenta.

Los dos firmaron. Serenóse el cielo;
tornó á brillar la nacarada luna;
y el diablo dijo con sangrienta sorna:
—«¡Qué ganga Berenguer! ¡Cual tú ninguna!

»¿Qué novedad pretenderá tu antojo
»que á mí me cueste lo que á tí tu alma?
»¿Novedad en amores? ¡Cuanta quieras!
»¡Cuanto quieras en prez, en guerra ó calma!

»¿Qué novedad en tu capricho hierva?
»Dílo y se cumplirá. ¡Dídel! ¡Sin tasa!

—«¡Pues ver quiero el Infierno!»

—«¡Hombre! ¿Qué dices?»

»¡Lo impide el Reglamento de la casa!»

—«Al Infierno ó rompemos la escritura.

»Al Infierno ahora mismo ó me retracto.»
Y el demonio tembló. ¡Perder tal presa,
ó tener que cumplir el duro pacto!

—«Pide otra novedad», con eco triste
dijo el Demonio, y hasta humilde y tierno:

—«Por hoy no quiero más. Esa ó ninguna.»

—«Pues al Infierno: Bien.»

—«Pues al Infierno.»

II

A la puerta, que allí nadie se aburre,
el techo y el bastido se quemaron;
y Berenguer tal novedad de horrores
pudo ver, que sus ojos se pasmaron.

Potros, gariños, barrenas coruscantes,
plomo hirviendo, puñales encendidos,
cegaron con su luz, y ensordecía
estrépito estridente de alaridos.

¡Qué novedad en gestos y actitudes!
¡Qué novedad en rechinar los dientes!
¡Qué novedad en roncadas maldiciones!
¡Qué novedad en sapos y serpientes!

Lanzaban por los aires unos diablos
á las hembras volubles é inconstantes,
y, al descender, las recogían otros
en las puntas de fúlgidos trinchantes.

A los grandes del mundo otros demonios
por las mismas orejas enganchaban,
y en calderas de plomo derretido
sin cesar los metían y sacaban.

¡Entre el humo, murciélagos gigantes!
¡En las lavas candentes tiburones!...
¡Qué novedad en aspavientos dellas!
¡Dellos qué novedad en contorsiones!

III

Berenguer contemplaba embebecido
tanto azote, chirreo y trinchadura;
cuando miró á un rincón en donde estaba
un viejo de simpática figura...

Ninguno le pinchaba ni tundía,
ni lo bañaba en pez y fuego eterno;
y él, no obstante, metía más ruido
que todos juntos en aquel Infierno.

Un diablo solamente cerca estaba,
y algo de vez en cuando le decía;
y, en convulsión el viejo y fiero espasmo,
el aire á gritos de dolor hendía.

—«Escucha»,—dijo Berenguer al ángel
de las tinieblas Rey:—Dí, ¿qué sistema
»de atormentar es este, que Ese grita
»cuando nadie lo pincha ni lo quema?»

—«Ese fué Salomón, que allá en el mundo
»se aburrió de saber, y aquí nos vimos
»en cuita grande cuando darle guerra
»con gariños, potros, ó con pez quisimos.

»Los tomaba con tal filosofía,
»que era cosa de espanto y de portentoso;
»y echábamos de rabia espumarajos
»por no encontrarle á Salomón tormento.

»Entonces recordé que aquí vivía
»en paz y beatitud el diablo tonto,
»y, dándome en el cuerno una palmada,
»que venga Carracúquis ¡pronto! ¡pronto!

»Y vino Carracúquis: «Hijo mío,
»le dije con ternura; no te apartes
»jamás de Salomón: díle tus gracias
»hasta que en gracias y en sandez lo hartes.

»Remedio soberano: ¡Soberano!
»El sabio viejo se nos rinde al punto,
»y hace ya treinta siglos que nos mete
»más gresca él solo que el Infierno junto.»

—«¡Castigo horrendo!»—Berenguer ex-
(clama.

—«Pues por hacerte á él, no es mal que em-
(pieces.

»¿No me has hecho faltar al Reglamento?
»Pues no hay martirio cual oír sandeces.»

E. BENOT.

DINERO Y SALUD



¿Qué manía la de mi amigo D. Nicanor! Se despidió de todo el mundo diciendo: ¡Pesetas y salud! A mí me excitan las palabras de mi amigo, y eso que acostumbro á respetar las extravagancias ajenas, para conseguir alguna benevolencia en provecho de las mías.

—Pero hombre,—digo—¿qué afán es ese de alterar la frase de «salud y pesetas,» prodigándola á troche y moche después de la transposición de términos que hace usted?

Y el hombre me contesta siempre con las siguientes palabras: Yo creo que en el saludo deben desearse las cosas más agradables del mundo. El simple «¡adiós!» es desdenoso; el clásico «hasta otra vista» indiferente; el «que vaya bien» ambiguo. «Salud y pesetas» es el más expresivo, el que suena mejor entre todas las personas.

—Está bien; pero ¿la transposición?

—Indiscutible, irrefutable. Debe decirse pesetas y salud. Un hombre desea tener de ambas cosas para disfrutar la vida, pero la salud sin las pesetas no sirve de nada. Para el hambriento el buen apetito es una especie de pena. El cuerpo sano anhela satisfacer sus apetitos, que implacablemente le aguijonean; pero sin dinero, ¿cómo los satisface?

—Desgraciado del enfermo. Su vida es una tortura; inutilizado para el trabajo...

—¡Ya pareció equello! Tiene un hombre salud y no tiene dinero, pues entonces se gasta el único capital que posee. El cuerpo está robusto y firme, en vista de lo cual su poseedor le dice: «Eres tan amable y tan excelente que voy á destruirte poco á poco. Al trabajo de firme; y acaba la salud por agotarse en la lucha. En cambio un hombre sano con dinero hace honor á su salud. En-

contrándose ágil, con buen apetito, con la cabeza despejada, proporciona ejercicios agradables á su agilidad, manjares exquisitos á su excelente estómago y entretenimientos y recreos á su cerebro. La salud se ha hecho para que el dinero la goce. Las pesetas son la primera materia de la dicha.»

—Alto allá, D. Nicanor. La salud no se vende.

—Se vende, puesto que puede comprarse, y si no recurramos á la experiencia. Tuve yo una hija, guapa moza que era el encanto de mi hogar. Su vida me interesaba mucho más que la mía propia, y al verla enferma me desesperé. El médico me dijo que era preciso tener mucho cuidado. Nada, nada,—me aconsejó el doctor—esta joven necesita muy buena alimentación y aire del campo. Figúrese usted: buena alimentación, y yo sólo podía darla un cocido con muchas patatas á mediodía y un guisado con bastantes patatas también por la noche. ¿Que prescribía la ciencia alimentos nutritivos? Sí; pero mi bolsillo no quería hacer caso de la ciencia. ¡Son tan excépticos los bolsillos de los pobres! En cuanto al aire del campo pensé en proporcionárselo en el Retiro, pero ¡quiá! el doctor me aseguró que era preciso el traslado de mi hija á un país montañoso, y yo no podía llevarla á más altura que á la del piso quinto donde teníamos nuestro chiribitil.

—Bueno, ese es un caso.

—Hay ciento, amigo mío. Ustedes hablan de higiene y está perfectamente hablando; pero ¿y las pesetas? La higiene—diosa y todo como ella es—se va con los que tienen dinero para mantenerla. Los que la adoran platónicamente no logran el menor de sus favores. Y no son estas exageraciones mías. Yo mismo puedo servir para demostrar mi tesis. Si quiero vivir, necesito trabajar; para trabajar, necesito salud; pues bien, no la tengo. En el cuarto que habito hay

goteras, la humedad me ha producido un reumatismo tremendo. Me recomiendan baños termales, mas ¿con qué dinero los tomo? Supongamos que al fin me llevan gratis á los baños, y entonces, ¿con qué me alimento?

Yo me quitaría el reumatismo, porque es un compañero insoportable, pero, ¿cómo me lo quito? Si tuviera dinero para habitar un buen cuarto, y dinero para no trabajar en una temporadita, y dinero para las aguas que me recomiendan, me pondría bueno. Luego yo necesito pesetas para gozar de salud. Se lucha por vivir, y la existencia se prolonga á puñetazo limpio, pero la irritante desigualdad estriba en que los ricos tienen armas de poderoso alcance y los pobres nos defendemos con las manos.

—Pues hay muchos ricos á los cuales les pierden sus tesoros.

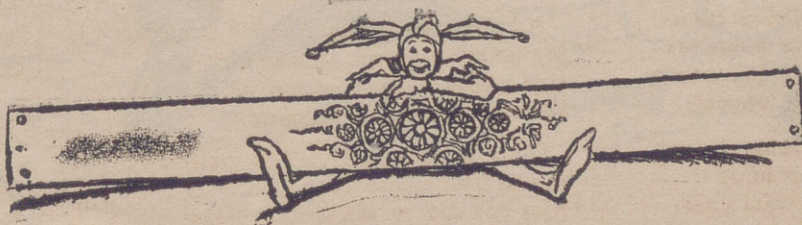
—Sí; los que emplean mal el dinero. Tienen para la batalla de la vida ametralladoras, y en vez de usarlas contra los adversarios, se ponen en la boca de sus cañones. Mueren por locos ó por tontos.

A los hombres se les debe desear que tengan dinero y salud para disfrutarlo. La Naturaleza en el invierno mata con el frío, pero el dinero vence á la Naturaleza proporcionando cómodos abrigos. En el verano el calor ahoga, mas el dinero proporciona áuras frescas al que lo posee. Las pulmonías entran mejor á través de una chaqueta rota, que no de un gabán de pieles, y el fresco vienteillo es preciso buscarlo en el Norte y no en los llanos de Castilla, cuando el sol de Julio agosta los terrenos.

La higiene, el progreso, lo grande del mundo, amigo mío, se ha ideado y se aconseja, partiendo del equivocado supuesto de que todos los hombres somos millonarios...

Por lo cual, D. Nicanor, se despidió siempre diciendo: ¡Dinero y salud!

J. FRANCO RODRIGUEZ.





A. Pons

CHARLA

—Bien, pero usted preferirá el amor desinteresado y puro al amor convencional.
—Yo no entiendo de eso, pero creo que donde no juegan intereses no hay amor.

LA CARICATURA



LA VENTA DE BILLETES

—¿Quiere usted jugar?

ALGO DE TODO

AFICIÓN TAURINA



Parece mentira que haya quien se atreva a afirmar seriamente que el arte taurino y la afición del público de Madrid a las fiestas de toros, se encuentra hoy en notable decadencia. Porque, no obstante las lamentaciones de los viejos aficionados, que sin cesar evocan aquellos tiempos, de *felice recordanza*, en que se recibían toros por docenas, y en que Montes, Cúchares y Chiclanero desempeñaban tan importante misión, ajustándose al Código sagrado, cuyos preceptos son de todo punto inviolables, el número de corridas verificadas al año es cada vez mayor; los tendidos y gradas de las plazas de toros se encuentran de día en día más concurridos, y los verdaderos aficionados, los aficionados *enragés* siguen con inmenso interés la suerte de los espadas más notables, reciben telegramas notificando sus triunfos, y celebran banquetes en su honor.

Fácil será, á quien se lo proponga, encontrar alrededor de una mesa de café reunida la tertulia taurina, que preside un clásico aficionado que lleva en sus patillas blancas cincuenta años de toreo desde las gradas de la plaza de Madrid...

—Porque yo he visto, por mis propios ojos—exclama retorciéndose el bigote y frunciendo el entrecejo uno de los contertulios,—y aquí está Cortezo que no me dejará mentir, la pena empleada por el Chispero en su primer toro, consistente en dos pases naturales, dos pases de pecho y tres pases ayudados y un pase en redondo, y con la res cuadrada, un volapié hasta la mano que hizo innecesaria la puntilla. ¿No es esto una brillante faena? ¿Qué más puede pedirse á un espada de cartel? Para que vea usted, D. Matías, hasta dónde llega la depravación humana, y me diga si no es cosa de hacer una barbaridad... (Por supuesto, que lo mejor es reirse). *El Imparcial* y *El Liberal* califican la estocada de pescuecera, asómbrese usted D. Atilano, ¡de pescuecera!

Y con los ojos muy abiertos y las

manos en la cabeza, aguardó el murmullo de indignación y asombro de todos los contertulios.

—¡Oh!—exclamó animado por el efecto de su arenga.—A la sombra del genio crece la envidia, D. Atilano, pero el genio se impone al fin y á la postre... Pero dígame usted qué es lo que haría con esos revisteros, vamos á ver.

—¿Yo? ¡Estrangularlos! ¡Estrangularlos de buena gana!—dijo atacando con furor una chuleta D. Atilano Picaporte, tabernero enriquecido de genio endemoniado, carrillos rojos y nariz color de remolacha.

—Como medida preventiva, ¿no es cierto, D. Atilano?

—Qué ganas tengo—añadió éste sin hacer caso á su interlocutor,—qué ganas tesgo de retorcer el gañote á uno de esos; porque á mí tres cominos me importa el cartel de Madrid; yo tengo siempre cien duros para ir á ver torear á quien quiera, cuando me... (aquí una grosería muy gorda) y el que no los tenga que se... (y aquí otra mayor). ¡Pues, *pa* chasco!

Y volvió á la chuleta con ahinco, como si devorara carne de revistero venal.

—Lo cierto y positivo—exclamó un joven macilento, de barba rubia y ojos azules,—lo cierto y positivo es que la envidia y el interés rastrero han iniciado una campaña... una campaña... ¿Cómo la calificaría yo? Una campaña inícuca. ¿Me explico? Una campaña en contra de los sagrados cánones del toreo.

—¡Y de cuán funestas consecuencias!—exclama un caballero que aun no había desplegado los labios, considerando el asunto con aire de profunda tristeza.—¡De cuán funestas consecuencias! ¡Oh!

—Y lo peor del caso es que el público no acude á los periódicos profesionales para leer juicios exactos y prosa castiza—añade un revistero de profesión.

—Lo peor de todo—dice el ilustre decano de la afición, que no se ha dignado terciar en el debate,—es que ha pasado la hora en que debiera estar recogido en casa, y siento abandonar tan

grata compañía. Señores, mañana nos veremos en la plaza.

Y haciendo un saludo general, se marcha con paso lento y sosegado.

No por eso termina la discusión de toros, que se prolonga hasta la media noche.

Cuando algún diestro, sea cual fuere su categoría, se agrega á la tertulia, se le agasaja espléndidamente y se le tributan honores de emperador.

Conozco un entusiasta que, no obstante su calzado lustroso y bimba reluciente, ha solicitado de un famoso espada el puesto de mozo de estoques, con objeto de admirarlo de cerca, y quien sigue de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo acompañando en el ferrocarril á los diestros, y, montado en un jaco, el coche que los conduce á la plaza. En suma, ser aficionado á los toros, es ya ejercer una profesión.

A. CABELLERA.

CASTIGO

—Señora: soy el juez de guardia.

Y maquinalmente la enseñó el bastón de mando.

—¿El nombre de usted?

Ella se echó á llorar, sin saber qué responder.

—Pero, ¿con qué derecho invade usted mi domicilio? ¿A qué viene usted á esta casa?

El juez, aunque mal humorado, la escuchaba impasible, sonriendo.

—He venido á cumplir un penoso deber.

—¡Ah, por Dios, caballero, hable usted! ¡Pronto!

La autoridad judicial creyó entonces de su deber humanizarse un poco.

—Pero tranquilícese usted... Hay que tener valor... Una desgracia á cualquiera le ocurre...

—¿Mi marido?...

—Sí, de él se trata... Está en la casa de socorro.

—¡Cómo! ¿Qué dice usted? ¡No le entiendo! ¿Que mi marido?...

Y agarrándole por un brazo:

—¡Hable usted! ¡Hable usted! ¡En la casa de socorro! ¡Muerto, sí, muerto!

El juez, algo desconcertado, no sabía qué decir y jugueteaba nerviosamente con su bastón.

—Ya se lo he dicho á usted; una desgracia á cualquiera le ocurre.

Y después de una pausa.

—El hecho ha ocurrido en la Moncloa.

Le encontró un guarda de campo...

Dos tiros en la cabeza. Llegó muerto á la casa de socorro. Ha dejado dos cartas, una para usted y otra para el Juzgado.

Aquí tiene usted una copia de la suya.

El original ha quedado unido al sumario.

Es la costumbre.

Y haciendo una inclinación con todo el cuerpo, la entregó un pliego de papel sellado, escrito por las cuatro caras.

—Y ahora, señora, me retiro. Ya volveré cuando esté usted más tranquila.

Hizo una nueva reverencia y agitó otra vez su bastón de mando.

—A los pies de usted.

Ya estaba sola. Se dejó caer sobre una silla. Creía morir.

—¡Ay, mi madre!

Y desdobló el papel.

—¡Valor!

La carta decía así:

«Sé que me engañas... Tengo pruebas... Anoche, mientras dormías, tuve intenciones de ahogarte como Otelo á Desdémona. Pero no sirvo para asesino. Sentía miedo y vergüenza... Y supueso que me engañas, es preciso que dejemos de vivir uno de los dos... Seré yo la víctima... No, no quiero recordarte tu vileza, tu infamia... ¿Qué te he hecho yo?... Te he querido mucho, más de lo que te merecías... Pero no hablemos de estas cosas. Te desprecio y te amo... Adiós.»

Ahora sí que se sentía morir.

—¡Ay! ¡Necesito llorar!

Se estrujó la cabeza entre las manos, creyendo que iba á volverse loca,

—¡Sí, soy una infame! ¡Yo le he matado!

Y frenética de desesperación, se dejó caer al suelo, ahogada por los sollozos.

—¡Ah, qué felicidad, si me hubiese matado anoche!

Y se echó á reír como una loca.

MIGUEL SAWA.

¡Ya no!

La tarde, amada de las selvas, viene á refrescar las copas del naranjo cargadas de azahar... El sol se oculta tras de las altas cumbres desmayado...

El toque de oración lento se eleva; besa la tierra el viento suspirando y deja las espumas de la playa sobre los lirios del agreste prado.

¡Oh! Las dulces caricias venturosas, flores de la pasión, de amor regalo... recuerdos de placeres, en mi alma como el humo en el aire disipados.

Ella lo adivinó... Sus ojos tristes como el agua de noche, se cerraron por no verme partir, y de su pelo al besarla cayóronse los uardos.

Existirá la reja todavía amada de las noches de verano donde la ví mil veces... pero ella no, como entonces, me estará esperando.

Ya no puede volver... Aquellos días de amores, para siempre se ausentaron.

Ya no es el de su casa aquel camino que á verla tantas veces me ha llevado, ni se para en su puerta... sigue... sigue... y á lo lejos se pierde serpeneando. Me amaba y la adoré... Fuimos dichosos... y en castigo, tal vez, lo recordamos.

La tarde, amada de las selvas, viene á refrescar las copas del naranjo cargadas de azahar... El sol se oculta tras de las altas cumbres desmayado.

El toque de oración lento se eleva... besa la tierra el viento suspirando y deja las espumas de la playa sobre los lirios del agreste prado.

¿Por qué?

—¡Adios!... Un beso... Hoy no... ¡Dejal... No quiero.

—Andá, niña del alma...

¿Por qué no? ¡Tu me olvidas! ¿No me quieres?

—¡Lo merecías! Calla.

—Pero mujer, ¿por qué no me querías dar un beso? ¿Por qué me lo negabas?

...Y ella, dándole otro y sonriendo me respondió:—¡Por nada!

Te creo

Cállate y dame un beso ya que vas á mentir... De esa manera me engañarás al menos.

Sola

El torneado brazo á la cabeza sonriendo al espejo levantó... Quitó la última orquilla... Y por la espalda, la negra cabellera se soltó.

M. MACHADO.

Cantares

Bendiga Dios la fuente donde te lavas y aquel cañito alegre donde tus manos cogen el agua.

Dices que no me conoces; mira tú si la moneda desfigurará á los hombres.

He de ser contigo lo que *pa* mí fuiste; te he de ver con la cara muy blanca... los ojos muy tristes.

Vaya una carita que tiene mi madre; no la tiene más buena y más dulce le Virgen del Carmén.

An la y vete de mi *vera* que tu no tienes más novio que la casa *é* la *monca*.

¡Vaya un gustito tan grande estar besando á mi novia sin que se entere su madre!

Arriba, Dios con la Virgen; yo abajo con mi morena; El á gozar en el cielo y yo á gozar en la tierra.

Acábame de matar, que matar poquito á poco es de muy mal criminal.

E. PARADAS.



LA CARICATURA



CALINO EN BAÑOS

—Con permiso de ustedes, me voy á cubrir porque está el agua muy fría.



—¡Cómo se aburriría la pobre Eva, sola con Adán y teniendo que serle fiel a la fuerza!...

Gacetillas Teatrales



Excusado es decir que los teatros van de mal en peor, es decir, de Romea (el auténtico) y Arjona, á Rafael Calvo y Vico; de Calvo y Vico, á Vico sólo; de Vico á González, y de González á Ricardo Calvo (que no es aquel Calvo), y á Donato Jiménez, que es tan malo, artísticamente considerado, como su compañero.

Gracias á Dios, ambos se han ido con la música á otra parte, y no hemos de detenernos á compadecer las provincias donde caigan, por aquello de que cada uno tiene bastante con sus penas, y no son pocas las que nos dan los actorcitos de por aquí.

También Vico se va: lo sentimos y le felicitamos; lo primero, porque con él perdemos el único actor que nos quedaba; lo segundo, porque así se verá libre de morir entre los escombros del destartado y ruinoso teatro Español, como es muy probable que les suceda á los temerarios que penetren en él la próxima temporada.

El Sr. Mario, el indispensable actor del teatro de la Comedia, dicen que también nos abandona. Con él pierde la escena un buen director, pero el arte no pierde mucho.

¿Y la Guerrero? ¿Dónde irá la Guerrero? ¿Se arriesgará á cruzar los mares? ¿Se decidirá á permanecer en los Madriles? ¿Se obstinará en querer interpretar los dramas? Creo que lo mejor que puede hacer es regresar á la escena francesa, porque en la nuestra da poco juego. ¡La Guerrero! Una discreta damita joven, ascendida á primera actriz del teatro Español por obra y gracia de su señor padre, y por ignorancia de Ricardo Calvo y de Donato Jiménez; sobre todo, por su señor padre; á sus

malos consejos debe la señorita Guerrero su derrota: á su señor padre, que pretendió que su hija eclipsara á las mejores actrices de la escena española; que no supo ver la frialdad con que la Guerrero interpretaba los momentos en que el corazón es el protagonista de la obra; que atendió las lecciones del público, que con su silencio al final de los actos hacía la mejor crítica del trabajo de la artista. Pero ustedes me preguntarán: ¿Qué motivos tiene el padre de la Guerrero para entender de teatro?... ¿No es ebanista?... Estamos conformes.

Dícese en cambio que la señora Tubau volverá á visitarnos este invierno. Vendrá tan arreglada del francés como de costumbre... ¡También es manía que, á más de nuestras desgracias, hemos de aguantar *Frou-Frou* y *Batalla de Damas* á todo pasto... Y con la turba de galicismos que acompaña en la escena á la señora de Palencia!... Pero, en fin, no aventuremos juicios anticipados sobre el particular, que bien pudieran ser inexactos (de lo que nos alegraríamos en el alma). Esperemos para ello los hechos y los carteles de la próxima temporada, y perdónesenos esta digresión hacia la de invierno, como refresco mental que ha sido de los calores que nos abruma al presente. Volvamos ¡ay! á la temporada de verano.

Respecto á la apertura de los Jardines, nada se sabe en definitiva, por más que circulan rumores de todas clases y hechuras sobre el particular. A ver si quieren Dios y el Ayuntamiento sacarnos de dudas, porque, dicha sea la verdad, los Jardines del Buen Retiro es el único sitio soportable en las noches de verano.

De los teatros por horas, nos ocuparemos no más que someramente. Esos caen bajo la jurisdicción flagelante del Abate, que no se abate en esto de criti-

car á quien se lo merece con una ingenuidad digna de mejor causa. Por eso diremos no más que en el Príncipe Alfonso actúa la *troupe* amaestrada por Cereceda, que estrenará en breve una zarzuela en un acto que lleva por título la *Byadera*, á cuya representación aconsejamos asistan los Padres de Familia.

Otro sí. En el teatro de Recoletos ha comenzado la Lucrecia Arana á hacer de las suyas y á jugar con el arte hasta dejarlo de sobra.

La gente de Apolo sigue como si tal cosa representando funciones por horas. Digno de mención es por lo agradable é inspirado de la música el dúo de la *Africana*, que cada día lleva más concurrencia á aquel teatro.

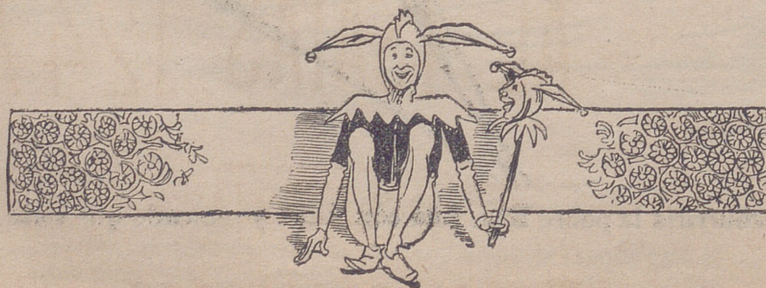
La compañía que actuaba en el Circo de Parish se ha trasladado al teatro de la calle de Jovellanos, aumentada y corregida.

Entre otros artistas figura el intrépido Mr. Malleu, domador de leones. Deseamos á la compañía un feliz resultado en su nuevo domicilio.

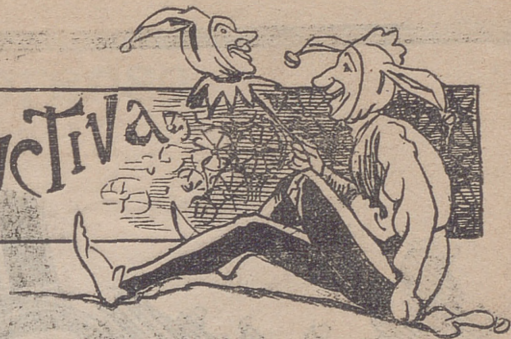
Los caballos del Circo de Colón siguen sin novedad dando sus vueltas á la pista, y Mad. Sandowa y Mr. Max Himsu, siguen exponiendo la cabeza en la jaula de sus leones. ¡Animalitos! (Los leones).

Y á propósito de leones. En el Congreso de los Diputados, que los ostenta tan hermosos, se ha representado un sainete entre dos miembros de la Cámara (cuyos nombres no vienen al caso), sainete en un acto, y que se resolvió en el acto sin consecuencias lamentables.

VARAPALOS.



Sección Amena y Productiva



¡TÚ VERÁS!

«¡Mañana, chiquilla, verás en la plaza, si soy cual te digo torero de raza! Verás mi chaqueta que vale un tesoro, verter á torrentes la plata y el oro... Verás cómo paso tan corto y ceñido que dejo á la fiera rozar mi vestido... Y así que consiga mirarla cuadrada, verás en los rubios, ¡la gran estocada! ...Te juro, morena, que al ver lo que digo, prometes al punto casarte conmigo, y dices muy fuerte: ¡Olé, mi torero! ¡que vivan los chulos de gracia y salero! Si acaso lo dudas, mañana, querida, no dejes por nada de ver la corrida. Irás en un coche con cuatro corceles, que alegren el aire con mil cascabeles; con riendas de seda, con borlas de grana, con mantas y arreos á la jerezana. Ver quiero á tu cuerpo ciñendo aquel traje y aquella chaqueta cuajada de encaje. Deseo que vayas cubierta de flores, de gracia y aroma de luz y colores, ¡que el coche parezca contigo una ermita y tú, mi morena, la Virgen bendita! Tú podrás, mañana, servir de testigo de si es ó no cierto lo que ahora te digo: Si soy un valiente, si alegro la plaza, ¡si soy, cual afirmo, torero de raza!

E. PARADAS.

CUESTIÓN DE HONOR

...Y dijo, dice:—¿Sabes lo que digo? Qué en cuanto que te vea con Remedios te pongo de *morrás y puntapiés*, que has de tener memoria pa algún tiempo.

Y enseñando al descuido la navaja, una *cheira, gachó*, de un kilómetro, me dió dos *manguzós* pa ir empezando y á más pa que tuviera algún recuerdo.

Yo, que apenas entiendo de *endiretas*, y me gustan las cosas por lo *reto*, *asina* me endilgó aquellas razones, á modo de *guantás de cuello güello*, eché mano *tamién* del *ortapumás*, y si no me sujetan, me lo bebo.

Resumen: que *mar* hemos á las Ventas, y allí, en un *ibernículo* que *entremos*, pedimos unas magras y unos vasos y á más una botella de lo añejo.

Y después de *jamar* como Dios manda sin quedarnos un tanto así de *histerico*, nos *marchemos* de allí bastante amigos... y *tamién* sin pagar al tabernero.

AGUSTÍN PAJARÓN.

CHARADA

Prima dos y terciá tienen igual calificación, cuarta y quinta diéron nombre á un bravo conquistador.

EL TODO, ahora se te ofrece confundido, y te costó lágrimas y á mí también, y palizas, que es peor.

ADVERTENCIA

No habiendo recibido ninguna solución exacta al jeroglífico, triángulo y charada del número anterior, los reproducimos en éste, añadiendo, para consuelo de los aficionados, el siguiente

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 12345678 Periodista contemporáneo.
- 1234762 Nombre de mujer.
- 426782 Parte del ejército.
- 12342 Símbolo del martirio.
- 4762 3.ª persona del presente de indicativo de un verbo.
- 426 Parte del globo.
- 32 Artículo
- 1 Consonante.

NOTA: Entendido está que el premio de 25 pesetas queda en pie.

TRIÁNGULO DE PALABRAS

```

A . . . a
. . . a
. . a
. a
a
    
```

Sustituir los puntos por letras de modo que, horizontal y verticalmente, se lean las mismas palabras, y además que estas palabras, colocadas en el orden siguiente,

A . . . a . a . . . a á . . . a formen oración gramatical.

JEROGLÍFICO

PREMIO DE VEINTICINCO PESETAS

AL ISAIAS 1247

14890324

Vinagre y Láudano (suprimiendo: trin)

+++++
+ Lelos +
+++++

á celos

destino fatalidad

Napoleón I en Waterloo
+++++
Francisco I en Pavía
+++++

LELOS

Todostodostodos RECORDAR SUS

GATO-HABLA-ELLO

TI en A Un millón de duros

LA CARICATURA



—¡Qué bien, si el estanque tuviera playa!

CORRESPONDENCIA

Sr. D. S. C.—Valencia.—Poco le falta á usted; mas debía usted pensar que Casio cuenta en el número de los que *fueron* y no de los que *son*.

Hubiéramosle, sin embargo, dispensado este error, si D. Joaquín Gil Jugo, de ésta, no hubiese dado exactamente en el clavo y llevándose las codiciadas 25 pesetas.

Sres P. M., J. S. y C. G.—Valencia.—Pero, señores, ¿son ustedes hermanos de una misma cofradía? Pues no acertaron ustedes.

Aparte la observación hecha á su paisano S. C., debemos observarles que Pereda no es tan sólo un simple personaje, sino un autor, ¡y qué autor!

D. J. S. B., de ésta.—Por Dios, hombre, antes de escribir vaya usted á un colegio de párvulos. Su (no sabemos cómo llamarlo), ni es prosa, ni verso, ni nada. No pierda usted más tiempo ni nos haga perder el nuestro.

D. A. R. B., de ésta.—Poco á poco; no vaya usted á creer que nuestro periódico tiene que ser un conjunto de disparates. Se enfada usted porque no publicamos sus cantares; pues, señor, ¡no ve usted que ni los peores *cantaores* callejeros se atreverían con ellos!

D. J. R. P. de M.—Sus versos *Un tenedor* no valen nada, pero menos valen los *Un regente*: conqué al fuego ambas composiciones.

D. J. C. de L.—Cádiz.—Gracias á Dios que nos manda usted algo aprovechable, pero debe usted corregir mucho. No olvide aquellos célebres versos de Boileau:

*Vingt fois sur le métier,
remettez votre ouvrage.*

Y esto hecho, es fácil podamos insertar algo.

D. A. B. C.—Barcelona.—No señor, no pagamos nada por original mediano, para éste nos bastamos nosotros. Cuando mande usted algún *demi chef-d'oeuvre*, trataremos, y sepa usted que somos generosos.

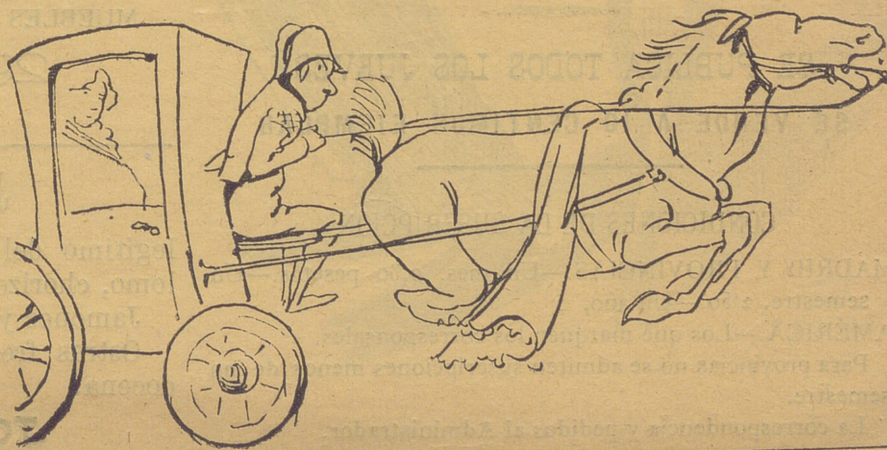
En prensa

ALBUM

PONS



DOS PESETAS



VINOS DE MESA
Casa fundada en 1861, 5 medallas oro y 17
plata.

AVANSAYS
DESPACHOS UNICOS
Carmen, 10 y Serrano, 32

MOLINO DE CHOCOLATE

DE
L. DIAZ GALLO
SUCESOR DE MATIAS GIL

CAFÉS, TÉS, GALLETAS,
PASTAS PARA LA SOPA, CONSERVAS DE LATA
ACEITES Y VINOS

COSTANILLA DE LOS ANGELES, 15
ESQUINA A LA CUESTA DE SANTO DOMINGO



Tengo una hacienda muy regular,
tengo palabra muy elocuente
y tengo hermosa novia sin par.
En la política tengo ascendiente
y tengo cama del GRAN BAZAR
¿Que más me queda que desear?

Bazar de Camas, Plaza de la Gebada, número 1.

GUANOS Ó ABONOS MINERALES
DE LA
COMPañIA AGRICOLA Y SALINERA
DE FUENTE-PIEDRA.

Medallas de oro en las exposiciones universales de París y de Barcelona. Gran diploma de honor en Londres.

Se remiten gratis cartillas y prospectos.

Precios libres de todo gasto de porte para el labrador hasta toda estación de ferrocarril y puerto.

NO HAY AGRICULTURA POSIBLE
SIN ABONAR LAS TIERRAS

ÉXITO GRANDÍSIMO

EN TODOS LOS TERRENOS DE ESPAÑA

Dirección: Preciados, 35, Madrid.

CHOCOLATES

DE
MATÍAS LÓPEZ
MADRID-ESCORIAL

ELOGIADOS POR TODA LA PRENSA DEL GLOBO
Premiados con 36 Medallas de oro y Diplomas de honor.

Venta diaria 7.000 kilos

Basta probar estos especialísimos chocolates una sola vez,
para darles la preferencia entre todas las clases conocidas.

Exijase la verdadera marca

De venta en todos los establecimientos de comestibles de Madrid y provincias.

DEPÓSITO CENTRAL, MONTERA, 25

Oficinas: Palma Alta, 8.—Madrid.

LA MUTUAL LIFE

Compañía de seguros mutuos sobre la vida

La más antigua de los Estados Unidos y la de mayor capital del mundo.

Activo en 31 de Diciembre de 1892.

Pesetas, 907.171.795'95.

cifra no alcanzada por ninguna Compañía.

La *Mutual Life*, celebra este año el 50 aniversario de su fundación, y ha logrado ser la más importante por los grandes beneficios que reparte á sus asegurados y el exacto y puntual cumplimiento en sus siniestros.

Médico Director,

Director general,

Excmo. Sr. D. Pascual Candela

Baldasano y Topete

38, ALCALÁ, 38.

La Mesa Moderna

REVISTA LITERARIA

Gastronomía.—Higiene y embellecimiento.—Arte culinario.—Trato social.

SE PUBLICA TODOS LOS JUEVES

SE VENDE A 10 CENTIMOS EJEMPLAR

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

MADRID Y PROVINCIAS.—Un mes, 0,50 pesetas.—Un semestre, 2'50.—Un año, 5

AMÉRICA.—Los que marquen los corresponsales.

Para provincias no se admiten suscripciones menos de un semestre.

La correspondencia y pedidos al Administrador.

SAN MATEO, 12 Y 14.—MADRID

A. VALLEJO

Ebanistería, Tapicería, Colgaduras, Despachos, Comedores, Recibimientos.

MUEBLES Y DECORADO DE HABITACIONES

29, ALCALÁ, 29

Teléfono 911.

JAMÓN SERRANO

legítimo del Jabugo, morcones embuchados de lomo, chorizos y morcillas de Badajoz.

Jamones y morcillas de Montanchez.

Ostras frescas todos los días á 2 y 4 reales docena.

JOSÉ PELLICO

SEVILLA, 16.